

FF

BREVES APUNTES

SOBRE LA HISTORIA DE LA

INTERVENCION EN MEJICO,

POR

el Teniente Coronel de Caballería agregado á la comision aliada,
D. José Agustín Arguñés, Ex-Diputado á Cortes y caballero
de varias Órdenes nacionales y extranjeras.

HABANA

IMPRESA DEL GOBIERNO Y CAPITANIA GENERAL POR S. M.

1863.

*Al Excmo. S. D. A. Mon
el autor*

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF OVIEDO

UNIVERSITY OF OVIEDO

UNIVERSITY OF OVIEDO

LIBRARY

UNIVERSITY OF OVIEDO

1955

BREVES APUNTES

SOBRE LA HISTORIA DE LA

INTERVENCION EN MEJICO,

POR

el Teniente Coronel de Caballería agregado á la comision aliada,
D. José Agustin Arguelles, Ex-Diputado á Córtes y caballero
de varias órdenes nacionales y extranjeras.

HABANA.

IMPRESA DEL GOBIERNO Y CAPITANIA GENERAL POR S. M.

1863.

PROLOGO.

Calificado de absolutista por el Excmo. Sr. Conde de Reus al dar cuenta en el Senado de la expedicion á Méjico, mi silencio seria una verdadera confirmacion de aquel dictado que rechazo con sobrado fundamento para hacerlo. Baste el siguiente.

Cuando en 1837 se decretaba la abolicion de mayorazgos, y con esto me veia privado de la mitad de una fortuna que por derecho de primogenitura me pertenecia; yo, muy jóven aun, defendia á Isabel II y á la libertad de mi patria en los campos de batalla. Es decir, amaba la libertad mas que á mis intereses materiales. Si al obrar así entónces se me hubiera dicho que un dia se me señalaria como absolutista, yo me hubiera limitado á meditar cuáles eran mis filas. .

Si como hombre público, como Diputado de la Nacion, he hablado contra ciertos y determinados abusos, tampoco en esas páginas de mi vida se halla fundamento bastante para aplicarme tal significacion.

Pero apellidado absolutista en ocasion de tratarse de los asuntos de Méjico, esto me impone el deber de consignar mi manera de ver y de apreciar aquellos sucesos, presentando los hechos como fueron en sí mismos, y sacando de ellos las lógicas deducciones que se desprenden, sin que sea mi ánimo en manera alguna censurar la conducta de nadie, y mucho menos

la del Excmo. Sr. Conde de Reus, al cual además de deberle un alto respeto, profeso hace años un acendrado y desinteresado cariño, y cuyas altas dotes admiro con un verdadero entusiasmo. Esta sincera manifestacion que no emana de la noble gratitud sino de la pureza de mis sentimientos hácia aquel, baste para dár la seguridad de mi buena intencion. Habana 4 de Marzo de 1863.

José Agustín Argüelles.

Hay una verdad innegable en el hombre, y lo es tanto, cuanto que es hija de su misma naturaleza. Ella predomina, con raras excepciones, en todos los actos de su vida. Por ella se afana, y ella va unida á todos sus pensamientos, á todos sus cálculos y á todas sus ambiciones. El instinto de su propia conservacion. Con él se nace y se muere. Al leer este corto preámbulo no parece que se va á tratar de la historia de un país, y sin embargo es conveniente tenerle presente para poder juzgar mejor de la conducta acertada y lógica de los españoles en la República Mejicana. El estudio que se hace para poder buscar la verdad de las cosas nunca deja de ser provechoso.

Méjico, ese hermoso y desgraciado país que como dijo el Sr. Pacheco no parece mas sino que está maldito de Dios, ha obligado á tres grandes naciones á presentarse armadas en su territorio para exigir satisfaccion cumplida por inferidos agravios, y reclamar el cumplimiento de tratados no satisfechos. ¿Tenian iguales derechos todas y cada una de las tres potencias aliadas en sus reclamaciones respectivas? ¿En la celebracion de aquellos tratados se tuvo en cuenta la mayor y menor justicia, la procedencia y la situacion especial de cada nacion? ¿Para constituir en la República un gobierno que ofreciese todas las garantías necesarias, no solamente al cumplimiento de cuanto se pactase, sino que á la paz de aquella, y á la completa seguridad de que no volvieran á repetirse los atropellos sin cuento de que vienen siendo víctimas, especialmente los españoles, tanto tiempo hace, y de las ofensas escandalosas que sin el menor miramiento se

prodigan á su nacion, se tuvo así mismo en cuenta las condiciones especiales de aquella sobre todas las demas? Y si se tuvo, y si por tantas y tan justas consideraciones se estipuló que fuese España la que la iniciativa tomara, ¿medió para ello un plan decisivo é invariable, y se llevó este á cabo exacta y escrupulosamente? Parece que sí medió, si nos fijamos primero en el Convenio de Lóndres, y despues en cuantos pasos se dieron desde la llegada de las fuerzas Europeas á las playas de Veracruz, hasta que, veinte dias despues, salió para la capital de Méjico la comision aliada portadora de pliegos para el Gobierno de Juarez. Para los que hemos presenciado paso á paso cuantos se dieron en la República Mejicana, es indudable que la salida de aquella fué la primer señal del rompimiento que mas tarde habia de poner término al pensamiento mas elevado que concebir pudieran tres grandes potencias. De esta verdad nos ocuparemos mas adelante, dejando por ahora á los aliados en Veracruz y sus inmediaciones para dar lugar á que la comision aliada regrese de su viaje, y enterarnos en el interin de la verdadera situacion de España en Méjico; y al nombrar solo á España es porque para ella escribimos, y por que sus derechos y las ofensas que á vengar iba distaban mucho de asemejarse á los de las demas naciones. Además, el papel que esta potencia representó antes y despues del rompimiento es causa mas que sobrada para que á ella la coloquemos en primera línea; y esto es tanto mas necesario, cuanto que hemos tenido el pesar de oir á españoles muy caracterizados declarar sin rebozo que los hijos de nacion tan hidalga habian sido y eran la causa de todos los males y trastornos de la República, tratándolos en su mismo suelo como á gente perdida y despreciada. ¡Terrible error que tanto dificultó acaso la realizacion de planes tan humanos como los que habian conducido á Méjico á los aliados!!

D. Lúcas de Alaman, verdadero historiador moderno de la revolucion de Méjico, asienta que solo los españoles formaron el nervio de la sociedad mejicana. Desarrollaron todas las ventajas y admirables resultados de la economía, del órden y del trabajo, y en tiempo aun de la dependencia á la madre patria, por el poderoso influjo de los consulados de comercio, sirvieron mas para la union y conservacion de aquellos dominios que los mismos ejércitos y escuadras. Si

hubiésemos de seguir al historiador en esa lejana época, acabaríamos por probar hasta la evidencia que la pérdida de Méjico fué debida á la generosidad de España, cuando en 1821 se trató por el Ministerio de Ultramar de la declaración de igualdad de derechos entre europeos y americanos, desconociendo ó despreciando la razonada exposicion que en Mayo de 1811 habia dirigido al Supremo Gobierno el consulado de Méjico, cuyos miembros por premio á su acrisolada lealtad se vieron denostados y envueltos en graves acusaciones por los Diputados americanos. Data pues de mas atrás, sin que nos sea fácil señalar su origen, el odio entre los criollos y los españoles que residen en la República; odio que aumenta la notable circunstancia de que los segundos, en lo general, adquieren fortuna, al paso que pierden los primeros la que heredaron de sus mayores. La fortuna no puede menos de seguir al trabajo y á la economía, ni puede dejar de abandonar á la desidia y á la holganza, que es la que caracteriza á los hijos del pais; por el contrario, el español regularmente llega pobre, y se aleja de su patria con la esperanza de adquirir fortuna en América, donde la feracidad del suelo y otras mil circunstancias les brindan trabajo y provecho. Sóbrio, laborioso y activo, vé en pocos años realizados sus propósitos, y á medida que va adquiriendo va fomentando la industria á que se dedica. Es pues evidente que el antagonismo que ha habido y hay entre las ideas y costumbres de unos y otros, es la verdadera causa del odio con que los mejicanos ven á los españoles. Puede asegurarse que tan arraigada odiosidad tomó sus colosales dimensiones desde la guerra á muerte que el célebre D. Manuel Hidalgo, Cura de Dolores, proclamó contra los gachupines el 16 de Setiembre de 1810. Día horrible en el que el grito de “Viva Nuestra Señora de Guadalupe y mueran todos los gachupines,” se asesinaba á estos despiadadamente, quemando sus casas y haciendas, alucinando á las masas indias demasiado supersticiosas, porque el invocar á la Virgen de Guadalupe era lo mismo que decir al pueblo vamos á robar y á matar con la aprobacion del Cielo. Pues bien, ese dia cruel tiene su aniversario todos los años, el cual se celebra hoy con las mayores muestras de regocijo. Aquella bárbara revolucion quedó encubierta cuando Iturbide, afeccionado por sus dolorosos efectos, enar-

boló la bandera de la Independencia de Union y de Religion, habiendo consumado su obra en siete meses, merced á la prudencia de los planes que adoptó, favorecido además por la proclamacion de la Constitucion en la Península, y por la circunstancia de hallarse al frente del mando el Conde de Venadito, que si bien era de escasísimo talento, su bondadoso carácter le hacia persona apreciable para el mando. Entónces los españoles viendo que, al parecer, habian cesado las molestias y persecuciones que sufrido habian, observaron, especialmente los que no pertenecian al ejército, una conducta neutral y pasiva. Mas verificado el objeto que motivara la proclamacion de la Union, sus numerosos enemigos no creyeron que se habia logrado el que se propusieron los héroes de 1810, si no se llevaba á cabo su completo exterminio. El 27 de Setiembre de 1821 entró en la capital el ejército trigarante, sostenedor de las garantías, y el 11 de Diciembre del mismo año, circulaba por toda la República un papel con el título de "*Consejo prudente sobre una de las garantías.*" Su autor, don Francisco Lagranda, exhortaba á los españoles á enagenar sus bienes y á salir del pais, porque siendo detestados en él, inútil le seria al mismo Iturbide tratar de libertarlos, sin comprometerse notablemente.

Los Chavarris, los Negretes y otros muchos jefes dignísimos del ejército, que habian creido de buena fé cimentada la Union, llevaron muy á mal la publicacion de semejante papel. Pero esto no fué bastante para que los españoles dejaran de conocer que la Union prometida fué solo una ridícula farsa para lograr el objeto; que ellos no habian sido mas que los andamios para levantar la obra, y que terminada esta, serian arrojados como inútiles y embarazosos.

Fueron tantos los españoles que pidieron sus pasaportes para emigrar del pais, que el mismo Iturbide prohibió que se dieran mas de los que dado se habian. Y como por otras disposiciones estaba prohibida la extraccion de caudales, se hallaron forzosamente en la imposibilidad de poner á salvo sus personas é intereses.

De este corto bosquejo histórico se puede deducir la antigüedad de la persecucion de Méjico independiente contra los españoles, y esto bastará para probar cuan destituido de fundamento y de verdad se encuentra el partido lla-

mado “Rojo” cuando dice que persigue y aborrece á aquellos por que le son adversos. Al principio de este escrito hemos asentado que lo primero que predomina en todo humano ser, es el instinto de la propia conservacion. Por él, y solo por él, los españoles al ceder á este instinto natural, tienen que mostrar mas simpatías al partido conservador que al revolucionario, el cual siempre los ha perseguido y alevosamente los ha tomado y toma como medio á conseguir popularidad entre las masas ignorantes, vejándolos en las revueltas del pais, porque su nacionalidad les proporciona el pretexto, y porque en sus bienes ven el cebo para el pillaje, verdadero fin de todas las revoluciones que asolan á Méjico. Por desgracia tan cruda persecucion y animosidad se ve alentada por no pocos de los extranjeros que viven en el pais.

La tan decantada ciudadanía de los españoles en aquella época, recibió el golpe de gracia en el año de 1835 por una ley del Congreso, cuyo artículo 6.º decia: “El Gobierno al ejercer las facultades que se le conceden en esta ley, considerará á todos los españoles residentes en cualquier punto de la República como á extranjeros no naturalizados.”

Desde entónces, esto es, desde el reconocimiento de la Independencia por España, y se va á consignar con datos oficiales, que en la misma capital de la República se han examinado. la persecucion que los españoles sufrieron de parte de la imprenta y de las providencias gubernativas y legislativas, fué inaudita. Sin retrotraer nuestra relacion á los millares que fueron degollados en el edificio de Granaditas, en Guanajuato: Cerro de la Batia, en Morelia; inmediaciones de Guadalajara; Valle del Maiz, etc., etc., los oficiales García y Helguero fueron asesinados en la hacienda de doña Rosa. Asesinado fué el pacífico labrador Martinez de la Concha. El Sr. La Madrid y su dependiente fueron colgados en los árboles por un Vicente Gomez, y acribillados á estocadas. En la capital, y en su propia casa, fueron asesinados el Sr. Guardaminos y el Sr. Hoyos: así mismo lo fué en el camino de Oajaca don Cayetano Machado, por orden del Comandante general de aquella provincia don Antonio Leon. Interminable seria la relacion nominal de los asesinatos sin cuenta perpetrados en los españoles, durante

los mandos del Sr. Conmofort y del Sr. Juarez. Recuérdense los causados en la hacienda de San Vicente y en el mineral de San Dimas. Pero ¿á qué cansarnos? tan generalizada, tan protejida ha sido en Méjico la persecucion contra los españoles, que es evidente, inconcuso é indudable que las muertes y robos ejecutados en ellos no son delitos comunes sino especiales é imputables con especialidad á los dos expresados gobiernos de Juarez y Conmofort.

Hemos expuesto breve y compendiadamente la clase de agravios que nos llevaba á Méjico para pedir y obtener la reparacion de ellos. ¿Eran de igual naturaleza, tenian el menor viso de paridad con los que hayan podido inferirse á la Inglaterra y á la Francia? Es evidente que no.

Veamos ahora el orjzen de los créditos respectivos en favor de las naciones aliadas, y él nos dirá la fuerza del derecho de cada una de por sí.

La prensa mejicana se ha esmerado últimamente en insultar á España, haciendo al mismo tiempo ostencion de mesura, de circunspeccion y de sentimientos amigables respecto de Francia y de Inglaterra. Ha revelado infinitas veces que su gobierno no tiene inconveniente en reparar los agravios que puedan haberse inferido á las últimas, y en satisfacer la convencion de Inglaterra. Esta fué en un principio Mejicana, y la de Francia proviene en su mayor parte de la especulacion de varios individuos sobre la depreciacion de la moneda de cobre. La española, por el contrario, reconoce causas mas sagradas, como que proviene de las ocupaciones que los gobiernos de la República hicieron de rentas generales hipotecadas á la seguridad de capitales tomados á interés, unos desde que se hizo la independenciam y otros por efecto de la ley de 30 de Noviembre de 1850, llamada de crédito público.

La gran mistificacion de aquella ley consistia en suponer que era el resultado de un convenio habido entre el gobierno y los acreedores. Pero como la tal suposicion no era mas que una imprudente mentira, los españoles que de tal modo se vieron despojados de su propiedad recurrieron á su ministro don Juan Antoine y Zayas, que reclamó y sostuvo sus derechos, y de aquí dimanó la convencion española celebrada en Noviembre de 1851 y elevada en igual mes de 1853 á un tratado que fué ratificado en tiempo y forma

oportuna por ambos gobiernos; y la mayor parte de los créditos que entraron en esta convencion no provienen de negocios hechos con los gobiernos mejicanos, sino de capitales anteriormente impuestos á depósito irregular, que formaban el patrimonio y subsistencia de infinidad de familias; de expoliaciones, y de otros no menos lejitimos títulos.

El oríjen pues, de la convencion española, es incuestionablemente mas puro, mas legal, mas justo, y por consiguiente mas digno de preferencias y consideraciones que el de la Inglaterra y Francia; y sin embargo estas han sido mas preferidas y notablemente privilegiadas por los gobiernos mejicanos, de lo que ha resultado que la francesa ha sido satisfecha casi á la par, y lo que de ella resta corre del mismo modo en el mercado. La inglesa vale un 43 p 00 y la española solo un 12 p 00. Es decir, que corre tan despreciada como el demas papel que sin garantía ninguna especial han arrojado al mercado el despilfarro y el desgobernio de aquellos llamados gobiernos.

A España ningun aumento se le ha hecho ni en el rédito ni en la cuota que desde un principio se le asignó, sin embargo de que ambos gobiernos admitieron despues, y dieron entrada en la convencion á mas de quinientos mil pesos; no obstante de haber ocupado el fondo en muchas ocasiones, y sin embargo de que nada le han pagado de los intereses vencidos desde 14 de Agosto de 1854, es decir, en siete años y diez meses. (1) Entretanto los pagos á las convenciones francesa é inglesa casi nunca han sido suspendidos hasta el 17 de Julio de 1861. A la primera se le han compensado sus atrasos; y á la segunda sobre igual compensacion, se le ha aumentado el interés.—Llega á tal punto el descaro del gobierno de Juarez y de la prensa en la postergacion de la deuda española, que ni la mencionan siquiera cuando tratan de la satisfaccion de las demandas pecuniarias que hay contra Méjico.

Tal era el estado en que dicha República se encontraba para con las tres potencias europeas, cuando estas concertaron la alianza que mas tarde habia de dar un resultado que asombrara al mundo. Y sin embargo, fuerza es confesarlo, el objeto de aquella era grande y sublime. Concretán-

(1) Tómese en cuenta la fecha de este escrito.

dose, como pudieran haberlo hecho, á exigir reparacion de agravios y el pago de reconocidos créditos, para lograr uno y otro, pudieron en un país tan sin recursos, tan falto de buena fé y de moralidad, haberle borrado del catálogo de los Estados independientes, ya apropiándose su territorio, ó ya imponiéndole la forma de gobierno que mas pudiera convenirles á la completa seguridad del porvenir. Pero lejos de esto, se coaligaron para tender á esa desgraciadísima República una mano amiga, para levantarla de la postracion en que por tantos años yacia y ayudarla hidalgamente en su regeneracion política y social. “Podemos, con razon, destruirte, la dijeron. Tú no vales hoy lo que nos debes. La magnitud de los agravios que tanto tiempo hace nos vienes prodigando, nos autoriza para todo. Pero otro es nuestro deseo. Venimos á ayudarte para que te constituyas bajo bases sólidas y estables, y para que con nuestro apoyo moral y material elijas el gobierno que mas te merezca la confianza.” ¡Propósito grande y magnifico, pero que una fatalidad inconcebible frustró enteramente. Preciso será decir con el Conde de Reus, cuando al tocar desvanecidas sus esperanzas de paz y dicha para el suelo Mejicano, profirió las palabras siguientes:—“Dios no lo ha querido por que tal vez no ha llegado aun la hora de salvacion para este país desgraciado.”

Vamos pues á tratar de buscar las causas que tal vez hayan imposibilitado la realizacion de los proyectos ya referidos de las aliadas naciones. Para ello es forzoso seguir los sucesos uno á uno, examinarlos y buscar en ellos la verdad por mas que nos parezca difícil el encontrarla.

Pasaremos por alto la llegada de las tropas españolas y su escuadra á Veracruz, y la grave ofensa que los mejicanos infirieron con la queina del casco de la goleta mercante “Concepcion,” porque no siendo aun conocidos en el país los verdaderos proyectos de las naciones aliadas, nada tenia de extraño que creyesen se trataba de arrebatarles su nacionalidad, y por lo tanto todos sus actos de hostilidad ó venganza entónces, disculpables eran y debian serlo. Poseionadas las fuerzas españolas de Veracruz, sin que para ello se hubiese puesto la menor resistencia por parte de los mejicanos, recibió el general Gasset que mandaba aquellas, órden de suspender todo movimiento hasta la llegada del

Conde de Reus, y sucesivamente de las tropas francesas é inglesas y sus escuadras. Verificóse esta el 7 de Enero y dias sucesivos; y reunidos ya los jefes que á las tres naciones representaban, tuvieron varias conferencias, despues de las cuales se publicó una proclama por todos suscrita, y en la cual se consignaba el verdadero objeto de la expedicion, que como dejamos ya expuesto, no podia ser mas noble y generoso. El cómo respondieron los mejicanos adeptos al gobierno existente, y aun el gobierno mismo, lo veremos despues por mas que nos cause indignacion el consignarlo.

Pocos dias despues de publicado el manifiesto de que acabamos de hablar, se resolvió que una comision, representando á las tres potencias aliadas, pasara á Méjico portadora de pliegos para el Presidente, en los cuales solicitaban los representantes aliados la internacion de las tropas con el objeto de preservarlas del mortifero clima de Veracruz, hasta lo que, entabladas las negociaciones, se estipulara despues. Con efecto, la comision triple emprendió su marcha difícil, larga y penosa hácia la capital de la República. Desde ese dia debemos empezar á buscar las causas que luego pudieron contribuir á tan funesto como inesperado desenlace. Es forzoso no olvidar ni un momento aquello de "no venimos á imponeros gobierno alguno sino á daros nuestro moral y material apoyo para que os deis libremente el que os plazca y vuestras simpatías merezca." Tres jefes caracterizados por sus años, por sus servicios y por su graduacion representaban á sus respectivas naciones. Circunspectos y graves los de Francia é Inglaterra, mudos observadores en toda la travesía, difícil, si no imposible, era adivinar el efecto que les producía el pais, los campamentos mejicanos, ni nada de cuanto á su vista se presentaba. No así el representante español [1] que con una pasmosa verbosidad, fácil y ardiente en el decir, exhortaba en los campamentos á la union entre los mejicanos para salvar su independencia, y aun nos parece oírle repetir con fuego y ardoroso entusiasmo: "La nacion que como la vuestra se une y estrecha cuando cree ver atacada su independencia, esa nacion no acaba, no puede acabar nunca. Los miserables que vagan por esos montes acaudillando á los ilusos que no

(1) Brigadier Milans.

quieren el progreso y que dificultan la marcha del gobierno liberal que teneis, son unos perdidos. Los Marquez y los Cobos no son mas que unos ladrones y ¡hay de ellos si llegasen á caer en mis manos!! La culpa de vuestras eternas discordias civiles la tienen los españoles que aquí teneis. Sobre ellos debe caer la responsabilidad de todos. No, no tendreis que luchar con nosotros, por que venimos á dar fuerza á vuestro gobierno, que es el que representa la marcha verdadera del siglo. Nosotros no queremos retrógrados ni frailes. España es una nacion esencialmente demócrata, etc., etc.” Preciso es consignar aquí, para que á lo últimamente relacionado se le dé toda la importancia que tenia, que los comisionados francés é ingles entendian perfectamente el español; así es que se miraban el uno al otro con asombro al oír á aquel. ¿Hablaba este por boca de su Jefe Superior? Y si no hablaba con autorizacion ¿tampoco le conocia aquel que le elijió para comision tan grave, ignorando á lo que se exponia? Lo cierto es que el representante frances, asombrado, lleno de dudas y con visible disgusto llegó á Méjico y regresó á Veracruz. En aquella capital no tardaron los españoles residentes allí en oír las duras frases del representante de España contra ellos, apellidándolos con los dictados mas vergonzosos y achacándoles los males de la República. Para poder calcular el efecto que tal conducta produciria fuerza es que nos ocupemos, siquiera sea con brevedad, de los españoles que hay en Méjico, de su situacion y condiciones.

Existen hoy en la República ocho mil españoles que representan un capital de mas de ochenta millones de pesos. Estos, como los de los tiempos vireinales, se distinguen por su laboriosidad y perseverancia, por el órden y la economía, por la formalidad y la honradez. Ningun trabajo desdeñan, ninguna especulacion es superior á su laboriosidad é inteligencia, ningun peligro ataja la corriente de su actividad. Apartados del comercio de géneros al menudeo ó al pormenor que los extranjeros, y sobre todo, los alemanes, van monopolizando, han debido lanzarse y se han lanzado mas de lleno en las especulaciones agrícolas, minerales y fabriles, en aquellas por fin, que mas directamente promueven la prosperidad material y bien entendida del pais, pues que fuerza es decirlo, el comercio de importacion en Méjico, se

funda en una base de mala especie, cual es la del contrabando que desmoraliza.

No hay empresa de alguna importancia, ya industrial, ya agrícola, ya minera, que no haya sido creada y sostenida por españoles, ó tambien en que españoles no tengan participacion. La labranza en las tierras frias, como en las calientes, le es deudora de mejoramientos y conservacion. Del movimiento fabril que se encuentra en el pais son partícipes y fueron los promovedores. La minería ha absorbido y absorve sus capitales. Finalmente, en cuanto negocio hay que dé alimento y vestido á las clases proletarias, allí emplea el español su dinero, allí fija su esfuerzo y actividad. La mayor prueba de lo que alcanza la laboriosidad, la aptitud, el órden y la economía de los españoles, es que no han podido arruinarlos por completo, como se viene pretendiendo, con las turbucencias, las expoliaciones, los atropellamientos y las matanzas.

Por lo demas ninguna colonizacion produce al pais iguales ni tan marcadas ventajas como la española. El extranjero rara vez se casa y radica en la República. El español por el contrario: se casa generalmente en el pais, su familia es por lo comun modelo de moralidad, de órden y de cariño; cuando muere deja al pais que tan mal le trata hijos mejicanos, capital mas ó menos pingüe, y los medios de crear y sostener en lo futuro varias y respetables familias.

Se ha vociferado por el referido comisionado español que las bandas de ladrones y de revolucionarios eran en su mayor parte de españoles, y nosotros con datos fijos, oficiales, podemos asegurar, y aun podríamos hacerlo nominalmente si á ello se nos obligase, que en los bandos revolucionarios solo existen 43 españoles, y en el llamado reaccionario 30. No hemos podido averiguar que entre las infinitas partidas de ladrones que vagan por tan vasto pais, haya español alguno. Ahora bien, 79 españoles figuraban en Febrero último entre las infinitas facciones políticas de Méjico, y por consecuencia existian en la República 7922 viviendo pacífica y honradamente. Júzguese por esto del efecto que las palabras del que llevaba la mision de ser intérprete de los buenos deseos de la España, harian en aquellos. Anhelantes por la intervencion, llenos de esperanzas y de fé en el porvenir, no podian comprender lo que oian, tan contrario

á lo ofrecido y publicado en Veracruz en nombre de tres grandes potencias. La buena sociedad en la capital de la República se halla sostenida por dignísimos españoles, de los cuales algunos gemian en las cárceles, ya porque se habian negado á aprontar las fuertes sumas que el gobierno les exigiera, ó ya por habérseles hallado en su casa algun arma conservada para su seguridad individual. Era de los primeros el rico capitalista Sr. Mendoza Cortina, el cual fué puesto en libertad por las súplicas al gobierno de uno de los españoles agregados á la comision. (1) Verse aquellos envueltos en graves cargos y acusaciones por los mismos de quienes esperaban el remedio á sus largos padecimientos, el efecto que esto debia producirles y les produjo, no es fácil explicarlo. La duda, la desconfianza y el temor tuvo entrada en todos, y de amigos siaceros se convirtieron en tibios espectadores de los sucesos. Ellos que confesaban sin rebozo la inconveniencia de una monarquía, y la gran necesidad de un gobierno fuerte, moderado y de duracion apoyado mas ó menos tiempo por una fuerza interventora, no podian menos de perder toda su esperanza al oir que todo lo existente era lo que obtendria proteccion y apoyo.

Mientras tal mudanza se obraba en aquellos, la prensa mejicana apoyada por el gobierno se deshacia en insultos groceros contra la Nacion Española; y circulaban profusamente caricaturas de un género tan soez é insultante y grosero, que no nos es dado descifrar ni mencionar aquí: sin ofender con un simple relato á la mas alta y sagrada institucion de España. La orgía mas impúdica no podria oir versos mas insolentes que los que allí se publicaron, ni puede concebir la imaginacion del hombre tal desbordamiento en prensa alguna de cualquier pais en el cual haya una reunion de hombres que se apelliden Gobierno. Y sin embargo, el de Méjico lo autorizaba hasta tal punto, que las caricaturas á que aludimos llevaban como nombres de sus autores, los de Silverio, M. Velez y José María Barragan, Diputados al Congreso por San Luis Potosi.

El mismo jefe español agregado á la comision que suplicó la libertad del Sr. Mendoza Cortina, no pudo menos de decir al entónces Ministro de Hacienda Sr. Echavarría,

[1] El Teniente coronel Argüelles.

que tal escándalo no podría tolerarse ni aun en Africa, sin excitar la indignacion de todo hombre bien nacido. Ofreció entonces aquel Sr. que se corregirian tan criminales abusos; pero esto continuaron en el mismo estado. O el gobierno mismo los consentia y apadrinaba, ó carecia de fuerza para reprimirlos. Si lo primero, véase el poder al cual, segun el comisionado español, se iba á dar fuerza y apoyo. Y si lo segundo, júzguese por su impotencia de lo que de tal gobierno esperarse debiera, y de la fuerza moral que en el país tendria.

Demostrada pues, la situacion en que España quedaba colocada entonces, pasemos á demostrar la en que la Francia parecia querer colocarse. Tiempo hácia que Mr. de Saligny, su antiguo representante en Méjico, y segun la pública creencia persona de no poca valía para con el Emperador, trabajaba con travesura y constancia en llevar al ánimo de este la conviccion de que la monarquía independiente era el dorado sueño de los mejicanos, y la única que podia llevar la paz y la ventura á aquel país. En esta empresa le ayudaban los Sres. Almonte, Estrada é Hidalgo, residentes en Paris, y á dar fuerzas y á robustecer tal opinion se ponian en juego cuantos medios se hallaban al alcance de los tres expresados señores. De estos trabajos y manejos demasiado públicos y conocidos á la sazón, tomaba pretexto el gobierno para alarmar al país y descónfir de la intervencion. Con efecto, la idea de una monarquía es rechazada por todos, especialmente en favor de un príncipe extranjero; tal vez á fuerza de tiempo, de tino y de constancia podría llegar á ser realizable en favor de un príncipe español, y esto se comprende fácilmente atendida la semejanza de idioma, de costumbres y de relaciones; pero por hoy seria un sueño irrealizable.

Lo que si era, y es una verdad clara y patente, que la intervencion amiga y armada halagaba á todos y aun al mismo gobierno de Juarez siempre que para él fuese su apoyo. Esto último hubiera sido á todas luces inconveniente y espuesto. Sin ningunas simpatías en el país, su apoyo le buscaba en las gentes sin arraigo que eternamente figuraban en las revueltas políticas, y su conservacion la debia y debe á los intereses que creó llevando á cabo la desamortizacion mas descabellada que concebirse puede. Las inmen-

sas riquezas que poseian los conventos é iglesias, lejos de haber servido para mejorar la situacion financiera del pais, pasó á manos de hombres pèrdidos y de trastornadores de oficio, los cuales, por el temor de perder lo que de balde adquirido habian, al declararse acérrimos defensores del que tan generoso anduvo con ellos, se convirtieron en sangrientos paladines del gobierno Juarez. Esta gente sin freno, sin principios ni sana razon, reconocia como sus jefes mas queridos en toda la línea de Veracruz á Méjico, á tres hombres capaces por sí solos de desorganizar la sociedad mejor arraigada y constituida. Mendoza, que mandaba en Puebla, llevando muy á mal sus muchos años, y que dejaba muy atras al célebre Voltaire, del cual puede decirse que era su mas aventajado discípulo. Mejía, que se hallaba mandando en Orizaba, hombre frívolo, demócrata, sin carrera ni principios, arriero de oficio, y que debia su posicion á la amistad que desde la niñez le úniera á Juarez. Y por último, el célebre general Zaragoza, comerciante poco hacia, brusco y atrevido hasta la barbarie, pero tan incapaz como bravo y temerario; esta circunstancia le habia colocado en la vanguardia de la línea.

Tal era el estado del pais cuando llegó á Méjico la comision triple. Tres dias permanecieron allí, durante los cuales cumplió su cometido, entregando los pliegos de que era portadora, y visitando al Presidente y á los Ministros en cuyo absoluto silencio y mudas recepciones fácilmente podia adivinarse una desconfianza arraigada, ó una capacidad muy reducida. Llegado el tercer dia, fué puesta en manos de los representantes la respuesta del pliego entregado, regresando estos á Veracruz inmediatamente. Hubo una circunstancia que por mas que parezca agena de este lugar, merece consignarse para que se pueda hallar otra prueba mas del descrédito que merecia en el pais el gobierno existente. Habia este dado órden en todos los puntos de parada para que no se cobrase nada á los viajeros aliados. Al pedir estos la cuenta, incluso en el hotel "Iturbide" en Méjico, se les contestaba que tenian órden de no cobrar, pero que ellos lo perderian por que nada habia de pagárseles por el gobierno. Así fué que á todos se les obligò por dichos señores á recibir con demasía el gasto que hicieran.

Durante la travesía del regreso eran interrogados los comisionados tanto en los campamentos cuanto en las poblaciones, si por resultado de su viaje habría paz, y podrian los acampados regresar á sus hogares de los cuales se les sacara á la fuerza para tenerlos, como los tenían, desnudos y mal mantenidos, sin paga alguna. Y que forzados los mas á empuñar las armas, si no lo hicieran se les fusilaba y perseguía sin piedad. Con efecto, el disgusto se notaba en todas partes, y los campamentos presentaban el cuadro mas repugnante y miserable que darse puede.

Ya de regreso en Veracruz los triples comisionados, no tardó en sospecharse el resultado de su viaje al ver la inaccion en que las fuerzas aliadas continuaban, las repetidas reuniones de los representantes de las naciones, el disgusto que en ellos se dejaba ver, y la frecuencia con que se cruzaban pliegos. Además una circunstancia muy notable vino á disipar las dudas que aun pudiera haber sobre el resultado de la comision. El general Zaragoza envió por uno de sus ayudantes un oficio á los jefes de las fuerzas aliadas, amenazándoles con que rompería las hostilidades si llegaban á rebasar ni un solo paso la línea que se les habia permitido ocupar. Tal y tan insolente baladronada no debia ni podia estrañarse. La fuerza moral y material de tres potencias unidas, habia prestado sumision al gobierno Juarez, dirigiéndole peticiones; en una palabra, los que podian dictar leyes é imponer condiciones por su poder incontrastable: el poderoso se habia humillado al débil, dándole con esto motivo para que se juzgara fuerte, y para que, ingrato y escaso de todo sentimiento noble, se creyera en su ignorancia ó ambicion armipotente. Ni tal conducta por parte de Juarez y su gobierno; ni cuanto relatado dejamos; ni la vista y la lectura de caricaturas y escritos insultantes y escandalosos; ni el asesinato de algunos oficiales y soldados de los aliados, nada movió á los jefes de estos á variar de conducta. ¿Seria acaso por no dar lugar á que se les creyera inconsecuentes con su plan anunciado? ¿O seria por no creerse con fuerzas suficientes para llegar á la capital de la República? Dos puntos son estos tan importantes, que nos obligan á detenernos para considerarlos.

La conducta del enviado español á Méjico, aprobada por su Jefe Superior á pesar de la grande alarma que oca-

sionó en todos los españoles residentes en la República y de las infinitas y sentidas quejas que aquel recibió; los esfuerzos que se hacian para que los partidos políticos opuestos al mando y á las ideas de Juarez, no se lanzaran al campo, como sucedió con Miramon y los suyos que en vano trataron de hacerlo repetidas veces; la prision de Miramon á bordo de un buque inglés, para luego soltarle en la Habana; el sufrimiento y la calma del Conde de Reus; el “Eco de Europa” dirigido por él mismo; la manera agresiva con que el enviado español á Méjico (1) seguia tratando públicamente á todo cuanto no se le hallaba en completa armonía con Juarez y sus gentes, y finalmente, la resignacion con que se seguia sufriendo los males que causaba el clima mortífero de Veracruz y sus inmediaciones, no debian dejar duda de que “lo del gobierno que mas merezca vuestras simpatías,” solo existia en la manifestacion que precedió al desembarque. ¿Obraba el general español por el instinto de sus ideas políticas, por efecto de planes no revelados, por instrucciones reservadas, por consecuencia á la aptitud en que como Senador se habia colocado anteriormente, ó por que se propusiera no hacer nada que alterase la situacion política del pais hasta que llegasen los aliados á Méjico? No nos es posible consignarlo: pero es lo cierto, que los franceses se hallaban llenos de dudas y recelos, haciendo ver su enemistad hasta el punto de que Mr. Thomaset, Jefe de Estado Mayor, representante de la Francia en la comision á Méjico, no tuvo inconveniente en desairar á su compañero de viaje el Jefe Español, con ocasion de un almuerzo á que este le brindara en obsequio de la terminacion de aquella mision. Como tambien lo es que aquel no se reservaba en decir públicamente que se hallaba escandalizado de tanta inconsecuencia en la manera de obrar por parte de la España.

Mientras esto sucedia y el gobierno de Juarez sacaba partido de aquella máxima de que “el que tiene tiempo, tiene”, Mr. de Saligny y sus agentes no se descuidaban redoblando sus esfuerzos en favor de la Dinastía Austriaca. Es indudable que el almirante francés E. Jurien habia caminado de buena fé, al menos hasta el regreso de Méjico de los co-

(1) Brigadier, Milans.

misionados, y aun despues, toda vez que se negó á ir al campamento de la Soledad confiado en cuanto hiciera el general embajador de España; y la aquí escencia que mostró despues de aquel tratado autorizándole, fué la mayor y mas clara prueba de su confianza y sana intencion. Sin embargo era evidente que se hallaba mal con la inaccion de las fuerzas aliadas, y que la predileccion dada al Gobierno de Juarez y á este le mortificaba no poco. ¿Podria influir esto en la decision del Emperador para la resolucion Almonte? Debe creerse que sí, máxime si se atiende á la desaprobacion completa que despues dió al referido tratado de la Soledad. Verificóse este despues de no pocos dias del regreso de los triples comisionados, viéndose por él que solo con condiciones tan benéficas para el gobierno de Juarez, como irritantes para los aliados, se permitia á estos pasar á ocupar las ciudades de Córdoba, Orizaba y Tehuacan, conservando los primeros sus posiciones, y debiendo los segundos retroceder á Veracruz, Tejería, etc., en el caso de que no se ajustase la paz en las conferencias que debian celebrarse desde el 15 de Abril. No puede darse mayor ni mas insolente descaro por parte de un tan miserable gobierno, ni mas perjudicial ni inconcebible hidalguía en los jefes que así firmaron semejante tratado.

Pero antes de pasar adelante, forzoso nos es hacernos cargo del segundo punto que atras dejamos iniciado. ¿No se creerian los aliados con fuerzas suficientes para llegar á la capital de la República? Consideremos esto bajo el punto de vista material primero, y moral despues.

Largo, difícil y punto menos que intransitable es el camino que conduce desde Veracruz á Méjico. Muchos son los puntos que en su travesía ofrecen embarazos para dificultar la marcha de las tropas, pero que, militarmente considerados, sobre todo en el tiempo seco en que las fuerzas triples tuvieron su llegada á aquel pais, cinco posiciones militares puede decirse que forman la llave de aquella larga travesía. Cerro Gordo y Chiquihuite que es una misma cordillera: el Puente de la Soledad: las Cumbres de Aculzingo: Barrancas de Villegas, y finalmente los Pinares de Rio Frio. Ninguna de dichas posiciones se hallaba guarnecida, artillada ni en el menor estado de defensa, fuera de la natural que ellas por sí mismas ofrecian, cuando desembar-

caron las tropas aliadas. El general Uruga habia hecho transportar al Chiquihuite algunas piezas de las que se hallaban en los fuertes de Veracruz, antiguas y de difícil uso, colocando una en la cumbre, sobre el mismo camino, y dos al frente en la falda de un elevado cerro que dominaba aquel; y en cuya falda se habia construido una especie de parapeto, consistiendo este en una estacada de doble fondo macizada de tierra. Pero tales y tan insignificantes preparativos eran inútiles considerados bajo dos puntos de vista. Primero, por que carecian de artillería rayada, y por lo tanto, la de los aliados, que lo era, convenientemente colocada sobre el camino Real, la hubiera inutilizado por completo fuera del alcance de sus tiros. Y segundo, por que siendo por todas partes vadeable el rio que á ambas sierras divide, fácilmente se hubieran podido salvar acubiertos del fuego enemigo. Las demas posiciones que nombradas dejamos, se hallaban completamente descuidadas. Todas las fuerzas que desde el Chiquihuite hasta Méjico se encontraban eran las siguientes. Quinientos hombres en aquel punto. Dos mil en el campamento de la Soledad y seis piezas de artillería montada, de bronce y del calibre de á 18. En los puntos de Palo Verde y Paso Ancho habia otros dos mil hombres. Doscientos caballos en Córdoba. De dos á tres mil hombres en Orizaba. Cinco batallones de á quinientas plazas en la Puebla de los Angeles con alguna pieza de artillería en el Palacio Obispal. Y sobre mil caballos desde ese punto á la capital. Es evidente que todas esas fuerzas reunidas, aun uniéndoseles los seis mil hombres que se aseguraba habia en Jalapa, no hubieran podido, ni aun acaso intentado resistir el empuje de los aliados, si los hombres de órden, de arraigo y que representaban las ideas conservadoras en el pais, hubieran visto en aquellos al par que á los sostenedores de su independenciam, el apoyo para la consolidacion de un gobierno estable y fuerte. Por otra parte, las fuerzas mejicanas que apoyaban á Juarez, y de que queda hecha mencion, carecian de jefes y aun de oficiales entendidos, desconocedores de los adelantos en el arte militar, sin el hábito de batirse en línea, y sin el de la ciega subordinacion que dá la fuerza á los ejércitos. El soldado indio, sumiso por carácter hasta la humillacion, si bien es sufrido, no es ardiente en la pelea. Fatigado, desnudo y peor alimenta-

do, es bien seguro que la dispersion mas completa hubiera seguido al empuje de los aliados. Agréguese á esto la muy notable circunstancia de que el pueblo indio conserva respeto y adoracion á la raza española, tanto como en los primitivos tiempos. Y siendo esto así, como á todas luces es cierto, dejamos á la consideracion del lector, lo que obrando con energía, con acierto y con las simpatías de los mejicanos de órden y de arraigo, pudo haberse conseguido en un pais compuesto de cinco millones de indios, dos de castas y uno de blancos, dependiendo del presupuesto una gran parte de los últimos.

Pero siguiendo nuestro propósito, volvamos á fijarnos en la situacion militar del pais. Hemos consignado ya las fuerzas mejicanas, y las posiciones en que apoyarse podian. No cabe duda en que para avanzar las tropas aliadas forzoso les era ir dejándose cubierta la retaguardia, y ocupadas las posiciones de que queda hecho mérito. Con quinientos hombres en cada una de las cuatro, y mil en las Cumbres de Aculzingo, estableciendo ademas algunas piezas de artilleria en esta última, quedaba, á no dudarlo, cubierta la comunicacion con Veracruz, y en disposicion de ir avanzando á la capital, seis mil hombres, tres baterías de á lomo y rayadas, y quinientos buenos caballos. Se nos dirá indudablemente, por que ya llegó mas de una vez á nuestros oidos, que para emprender tal operacion el ejército aliado, carecia de carros, bagages y aun de existencias bastante á su abastecimiento. Cuestion es esta que resolveremos con solo decir que debió haberse previsto en tiempo como fácilmente pudo haberse hecho teniendo tantos barcos y tan próxima la Habana. Mas si de la cuestion material se desprenden tales consideraciones, veamos si la moral y probable pudo ofrecer ventajas y aliento para emprender las operaciones.

Los generales mejicanos Marquez, Cobos, Miramon, Zuloaga, Miranda, el desgraciado Robles Pezuela y otros muchos, que cada uno de ellos representaba una fraccion del partido conservador, y juntos á todo ese gran partido, veian en la intervencion aliada la salvacion de su pais, y no hay medio de dudar que todos ellos con fuerzas, recursos, y el apoyo de las clases acomodadas, del clero y aun del comercio en su mayor parte, se hubieran lanzado á apoyar á los

aliados, y que esto les hubiera dado facilidad para internar: e en el país. Si no lo hicieron, culpa fué de la predilección de aquellos al gobierno de Juárez, y de la fuerza moral que este con ella adquiría. Por otra parte, las poblaciones, á excepcion de Veracruz, una pequeña parte de la de Córdoba y la de Tehuacan, se hallaban en el mejor sentido; y en la capital, es decir, en Méjico, el gobierno solo encontraba apoyo y simpatías en su desbordada prensa, y decimos en la suya, porque á nadie se permitía escribir como no lo hiciera en su alabanza y contra España. Júzguese pues de los elementos morales con que pudieron haber contado los aliados, si aquello de “el gobierno que mas merezca vuestras simpatías”, hubiera sido una verdad. Acaso habria llegado á serlo, pero los medios entablados para llegar al objeto, fueron tales, que no era posible ya tener confianza en la promesa.

Así las cosas, se verificó el tratado de la Soledad en la forma y modo que consignado dejamos, y despues de haber sido aprobados por el gobierno de Méjico, emprendieron las tropas aliadas la marcha á los puntos ya citados, de Córdoba, Orizaba y Tehuacan. El mismo dia en que debian emprenderla los jefes aliados, llegó á Veracruz el titulado general Almonte. Las explicaciones dadas por este á su presentacion á aquellos, parece que fueron la señal de la terminacion de la buena inteligencia que en adelante habia de reinar entre ellos; como tambien que aquel personaje manifestó sin rebozo ser el intérprete de la voluntad decidida del Emperador de los franceses, y que el pensamiento de establecer en la República una monarquía en favor del P. M. de A. era el adoptado por aquel. Apesar de tan terminante manifestacion, las tropas emprendieron su marcha y con ellas los representantes de sus respectivas naciones. Fueron ocupadas las tres poblaciones ya citadas, para esperar en ellas el dia que debia darse principio á las conferencias.

Este hecho bastaria por sí solo para formarse un exacto juicio de la marcha que se habia seguido, y del sello que se imprimia á las negociaciones. Esa espera, ese aplazamiento solicitado con insistencia y concedido por Juárez y su gobierno despues de no pocas dilaciones, no era otra cosa que el reconocimiento mas explícito á la situacion en que

la República se encontraba bajo el mando de uno y otro. Era dar á tal gobierno una importancia y una fuerza moral de que carecia, que jamas pudo ni debió esperar tener por sus condiciones impopulares y disolventes; y era someterse á sus exigencias y cimentar, con alguna base mas sólida el edificio de su poder. Esto en cuanto al Presidente y á la República. En cuanto á los aliados, la situacion era muy distinta, pues que cuanto aquellos ganaban con semejante estado de cosas, estos lo perdian en todos los terrenos. Se grangeaban la indiferencia, cuando no la enemistad de los hombres de órden. Mataban la esperanza de esos partidos importantes y espectantes. Ponian en duda, cuando menos, lo dicho en el célebre manifiesto de Veracruz, y convertian en enemigo un país que anhelaba mirarlos como á sus salvadores. Muy hidalga podria haber sido la conducta observada en el convenio de la Soledad, pero lo cierto es, que ese convenio no hizo otra cosa que dar la fuerza moral de los aliados á Juarez y á los suyos; y como si tanto mal no fuese bastante, otro mas grave y mas trascendental habia de seguirse. El tiempo que en la inaccion perdian unos, lo aprovechaban otros para dar cima á proyectos ya formulados, esforzándose en presentar ante el Emperador de los franceses la conveniencia de establecer la monarquía en Méjico, presentándosela como necesaria y anhelada por todos. En los que tal hacian, obraban para ello intereses y sentimientos encontrados. En Mr. de Saligny la idea de llevar á cabo sus proyectos de monarquía que en tal alta posicion debia colocarle su realizacion, y la de asegurar una deuda extraordinaria contra la República.

En el Sr. Estrada, la ignorancia en que se encontraba y encuentra del verdadero estado y espíritu de su país, alejado como lo está, hace 21 años de él. Lo mismo sucedia al Sr. Hidalgo, antiguo empleado en el Ministerio de Estado de la República, y que sin tener arraigo en ella, hace 14 años que se ausentó. Y en el Sr. Almonte, el afan de recuperar, siquiera fuese por poco tiempo, un poder con el cual no podia contar jamas. Preciso es confesarlo, sin temor á que al verse consignado por un español, se le tache de afrancesado; por que tales epítetos cuando solo se fundan en la ignorancia, en la sin razon ó en la malicia, solo merecen el desprecio del hombre cuya conciencia y cuyo patriotismo

hacen que su corazón lata tranquilo. La impopularidad y los antecedentes de Juárez; los malos y apasionados informes de los cuatro personajes referidos, y la marcha adoptada por los aliados, han debido contribuir en gran parte á llevar al ánimo del Emperador de los franceses el convencimiento de que la monarquía en Méjico era apetecida y necesaria.

El principio monárquico en Europa ha sido siempre la tabla de salvacion en las tempestades revolucionarias, y esta gran verdad lleva fácilmente al ánimo de aquellos Soberanos, si no la conviccion, la esperanza de que el mismo principio pueda ser el mejor elemento de orden y prosperidad en el nuevo mundo. Y sin embargo no es así. Acaso porque la monarquía no ha echado raíces en él. Por que son desconocidas, su importancia y sus condiciones. Por que se carece de elementos necesarios á constituir y robustecer el trono, y por que este mataria de un solo golpe infinidad de ambiciones; lo cierto es, que en todas las repúblicas de América el amor á la monarquía no existe mas que en algunos pocos, y de estos no todos la desean con desinteresada buena fé. Esta verdad se confirma al considerar que el Orbe entero hoy mira asombrado desaparecer al Coloso del nuevo mundo, desmoronándose esa República modelo cuyo asombroso poder inquietaba á la vieja Europa; que hoy que se vé, que se toca, que no puede dudarse de lo que son las naciones, cuando no descansan en principios de arraigo, cuando no hay un centro de unidad y de fuerza que sirva de áncoa á la nave del Estado para resistir la violencia de la corriente de los revolucionarios mares, aun á pesar de esta leccion tan elocuente, á nadie, en las Américas, se le ocurre que pueda ser la forma de Gobierno la causa verdadera de ese gran trastorno que anula el inmenso poder de los Estados-Unidos. Y sin embargo no es otra. La ambicion, que es ingénita en el ser humano, hace que el hombre segun su capacidad y su instruccion, fije sus miradas en todo aquello que le halaga y que se cree capaz de conseguir. El primer mando en las repúblicas está reservado al mas capaz, al mas arrojado y ambicioso, al soldado de fortuna mas atrevido, y esto basta para que sea disputado por muchos á la vez en todos los estados que no conocen otra forma de gobierno. ¿Qué mucho pues que el árbol de la República se

bamboleee á la mas ljera brisa, y que mal sostenido por sus débiles raices, se tronche ó desprenda á medida que arree el huracan de las revoluciones. Pues á pesar de todo, inútil es que la Europa se ocupe por ahora del establecimiento de monarquías en América. Talvez el tiempo haga por sí solo lo que no es dado hoy conseguir á las ilustradas naciones del viejo mundo. Pero estas verdades que sin dificultad se ven en el suelo americano, no pueden verse de la misma indudable manera en Europa, y la inmensa distancia que separa á esta de aquel, es causa mas que suficiente para dudar de la verdad de las cosas, y para que los gobiernos europeos no puedan juzgar con el debido acierto y precision de los asuntos peculiares á los Estados de América. Las infinitas personas y entre ellas muchas de reconocida ilustracion que viajan por ellos, todas y cada una tienen su manera de ver y de apreciar. Los unos bajo el punto de vista de sus opiniones particulares y políticas. Los otros bajo el del interés personal, y los mas, sin que les mueva el objeto de un detenido estudio, solo se fijan en lo que á su vista se presenta para hablar despues de ello sin conocimiento, sin datos, y por tanto sin exactitud.

Es pues evidente que el Emperador de los franceses que tan de buena fé, al parecer, aceptó el magnífico programa de Veracruz, concibió la idea del establecimiento de una monarquía en Méjico, como la mas segura y á propósito para que la ventura de ese tan hermoso cuanto desgraciado pais, echase profundas raices, y para que, puesta en explotacion su gran riqueza, diese vida al comercio de la Europa entera en general, y en particular al de la Francia, sin que de tal resultado pudiera nunca la España amenguar su natural influencia, ni rebajarse las grandes ventajas que irremisiblemente habrian de resultarle del engrandecimiento de los Estados americanos, y muy particularmente del de Méjico. Pero desgraciadamente el Emperador no tuvo servidores fieles que con sinceridad le manifestaran lo único necesario, conveniente y que hacerse debia en la República Mejicana, si bien el programa de Veracruz parecia no dejar duda de que las naciones aliadas lo habian comprendido bien. Despues de recorrido y estudiado aquel pais, fácilmente se comprende que lo que en él ha faltado y falta es un gobierno fuerte á cuyo frente se hallen hombres de ideas

moderadas, de orden y de capacidad. Seguramente que los hay en la República. Pero equilibradas las fuerzas de los infinitos partidos en que el país se halla dividido, á ninguno le es fácil sobreponerse á los demas, y de aquí esas luchas incesantes en las que se gastan los hombres, los principios y hasta las ideas de mando y de gobierno. Agotadas las fuentes de la riqueza pública, el país, que por sus naturales condiciones debiera ser el mas rico del mundo, se muestra empobrecido, y en su estado actual, es ya imposible que sus hijos por sí solos puedan sacarle de tanta miseria y postracion. Por eso al oirse en él la palabra de intervencion armada conservando su independencia, la esperanza renacia en todas las clases de la sociedad mejicana, y es bien seguro, que si los hombres de orden no se precipitaron á allanar el camino por donde aquellas debian de pasar para llenar mision tan laudable y deseada, fué por que los hechos no guardaron armonía con las ofertas, y por que al mirar que todas las tendencias eran en favor de Juarez y los suyos, vieron en ello un mal infinitamente mas grave que la continuacion de sus luchas y desgracias. Se contestará á esto que si tales eran los deseos de los mejicanos, despues de la ruptura del 9 de Abril en Orizaba, al quedarse solo los franceses, reprodujeron el mismo programa, y sin embargo de ello el país en masa los hostiliza y se prepara á una tenaz resistencia. Pero este argumento pierde toda su fuerza con solo fijarse en que no eran las circunstancias las mismas. En Enero de 1862 el país esperaba su salvacion de las naciones aliadas. Con la fuerza moral y material de estas, confiaba en que se constituiria un gobierno que mereciese las simpatías de los mas, y que una fuerza extranjera continuaria apoyándole por algun tiempo á fin de darle condiciones de duracion y arraigo.

Entónces Juarez y su gobierno no contaban con otro apoyo que con el de los revolucionarios de oficio, y con el de los pocos que la desamortizacion eclesiástica enriqueciera. ¿Sucedia lo mismo, no ya en Abril, sino que en Marzo y aun en Febrero? No ciertamente. Ya se dudaba de los fines de los aliados. Se temia perder la independencia. Se veia un apoyo muy directo á Juarez. Se hablaba de monarquía. En una palabra, todo se hacia esperar y temer menos lo ofrecido en el programa de Veracruz. Por otra parte

Juarez adquiria una fuerza moral inmensa, y tal era la situacion en que quedaron los franceses solos en el mejicano suelo. A los hombres de reducida capacidad, que por razon natural son los mas, se les alucina con la pérdida de la independencia: y los mas capaces dudan y permanecen alejados de los sucesos y en expectativa, que es, en situacion tan crítica, lo que la prudencia les aconseja. Hoy, despues de la nunca bien sentida ruptura de Orizaba, difícil, muy difícil es que vuelva á renacer la confianza en los mejicanos, y no ya por el carácter desconfiado que les distingue, sino por que una vez perdida aquella no se recobra fácilmente. Además, que una potencia sola, á tan larga distancia de Europa y en paistan vasto, difícil y escaso de recursos, poco podrá conseguir, y ese poco le ha de costar sacrificios sin cuento. Llegarán los franceses á Méjico, y esto es indudable. Con ello quedará satisfecho su nacional orgullo, y despues de una satisfaccion á tanta costa adquirida, Méjico quedará peor que estaba, para mengua de las naciones que engrandecerle intentaron. Tal es la verdad desnuda y severa. Salvo que de Méjico se tratase de hacer una colonia francesa, lo cual seria difícil y expuesto.

Ahora bien, ¿situacion tan crítica pudo haberse evitado? Hé aquí un punto muy importante que por conclusion nos resta examinar.

El Conde de Reus reembarcó sus tropas por que dice no queria ir á la zaga de los franceses, ni consentir que se faltase á lo pactado. Fijemos la verdadera intencion de las tres potencias, pues no puede creerse que el general Prim, en su reconocido talento, se figurara jamas que Francia é Inglaterra dejaran de llevar sus miras cada una de por sí. Con efecto, si la Francia trabaja por el establecimiento de una monarquía, la Inglaterra llevaba la mira de establecer un gobierno enteramente suyo bajo la presidencia de Doblado, con el cual obraba de acuerdo y tenia contraido compromisos de importancia. Y siendo esto cierto como lo era, ¿qué partido tan inmenso no pudo haber sacado España de ello!! Los franceses querian á Almonte, primero, y la monarquía despues, uno y otra lo rechazaba ei país, y por lo tanto no podian contar con simpatías ni partidarios en él, como así está sucediendo. Los ingleses daban todo su apoyo á Doblado, cuya presidencia querian imponer, y este es tan-

to ó mas aborrecido en Méjico que el mismo Juarez, y tan revolucionario el uno como el otro. Quedaban pues los españoles sin otras pretensiones ni deseos que el bien de la República, con las esperanzas y las simpatías de las gontes de valer, y con una influencia lejítima é imperecedera. De la desunion de los unos y de la diversidad de aspiraciones, los españoles no podian menos de haber sacado grandes ventajas, cuando todos ya en Méjico, se hubiera tratado de la forma de gobierno que el pais reclamaba y que al pais le convenia. Entónces la prensa, que yacia ahogada, se hubiera manifestado vigorosa. Los hombres que por temor callaban y sufrían, se hubieran lanzado á la arena política, y los sucesos, por sí mismos, habrian hecho ver la verdad, la justicia y la conveniencia. Los hombres de órden y de arraigo generalmente callan y sufren cuando no hallan justicia ni proteccion en las leyes ni en los gobiernos; pero cuando el temor no los rodea, hace que se les oiga, y como no son inspirados por ideas mezquinas ni por bastardas pasiones, consiguen que la verdad aparezca en toda su brillantez. Así hubiera sucedido en Méjico, si el auxilio de las fuerzas interventoras hubiese llegado á la capital. La Francia y la Inglaterra se hubieran convencido de lo impopular de sus respectivas miras, y la España, bendecida por los buenos hijos de Méjico, habria representado necesariamente el primer papel y acrecentado esa grande influencia que ejerce y ejercer debe en América. El Marqués de los Castillejos, al obrar con tan noble sagacidad y prudente reserva, se habria granjeado el aprecio y veneracion en todo el nuevo mundo, y así como en Europa se le quiere y admira por su valor y bizarría, en América habria adquirido el renombre de tan hábil diplomático como guerrero valeroso.

Esto sí indudablemente querian las naciones europeas interventoras llevar al mejicano suelo la paz y la ventura. Pero sí, como se ha dicho por algunos, solo se trataba de exigir satisfacciones y pago de deudas, entónces, ¿á qué el envío de escuadras y batallones? Ya se vió que para la ocupacion de Veracruz y sus fuertes de San Juan de Ulua, eran y fueron innecesarias unas y otros, y sin mas que la toma de ellos, el gobierno mejicano hubiera dado cuantas satisfacciones se le hubieran pedido. Y en cuanto al pago de deudas, ¿de dónde ni con qué habian de efectuarlo? ¿Cómo

se ha de dar aquello de que absolutamente se carece? Hu-
biéramos tenido que conservar irremisiblemente la plaza
de Veracruz, y en tal caso el remedio era infinitamente ma-
yor que el mal, y preferible la pérdida de lo adeudado, por
que las malas condiciones de aquella bahía, y su mortífero
clima, por sí solos hubieran puesto término á la ocupacion
con sensibles pérdidas de buques y de hombres. Es pues
evidente que, ó hay que renunciar á toda reclamacion y sa-
tisfaccion en la República mejicana, ó es preciso intervenir
en ella para ponerla en posicion de poder dar satisfaccio-
nes y dinero. Si lo primero acaso hubiera sido lo mas con-
veniente; y si lo segundo, preciso es reconocer que solo Es-
paña, por mas que lo contrario se crea y propale, puede ins-
pirar confianza en Méjico, y presentarse con condiciones fa-
vorables sobre las demas naciones. La razon de esto es tan
clara y patente, que basta para encontrarla fijarse en que
allí está su idioma, su religion, sus costumbres, su raza, y
vivos los recuerdos de un pasado glorioso y mas feliz para
esos desgraciados Estados.

Habana 20 de Noviembre de 1862.

Faint, illegible text visible through the paper, likely bleed-through from the reverse side.

400805150



~~IS~~ ULTRAMAR

EST. 5 T-4 (4-BIS)

